

tancias de las casas desahuciadas chorreando una suerte de miel espesa que es su propia luz amarillenta y dulce. Mediante el curso pegajoso que efectúa inventa recursos melódicos; serían guturalizaciones al fragmentarse en notas transcritas más hacia gestos de sonido que sílabas articuladas entre dientes. El sol, sin embargo, deberá torcer el rumbo en cuanto topa sombras lunares distribuidas en el seno de las casas profundas, abandonadas, harapos de una parálisis reiterada en ecos por los muñones de la suspirante soledad.

Las casas reducidas a ser almas en pena, más aun que sugerirlo se dan principio a sí mismas empezándose por el fin. Se trata de una realidad en la cual ni el verbo ni la acción han sido lo primero. Y de la misma manera que nada las ha inventado, nadie, pues, vendría a reclamar el falso derecho de explicar categorías y preminencias, tonos, epactas y jerarquías. Porque al no empezar nunca sí podrían acabar una noche de fulgores imprevistos.

Otro fantasma diferente a ti, lector, habría hallado en ellas el significado de la virginidad, no como elevación pero sí como pérdida del alma. Demasiado silenciosas, terminan con su acción triturante por macerar sus carnes y secar las fuentes donde florecían los sexos. Así, descarnadas, han quedado reducidas al puro cuerpo original. Y lo que sería incidente de puertas y arcadas en otros mundos menos omisos, más congruentes, aquí en esta atmósfera enrarecida es acatamiento innecesario; todo, fuera ya de la medida reguladora se produce en espacios acogotados por la frustración. Lo infatuado de salones y molduras, labradas en esquinas bruñidas, no atiende tal despoblamiento, creado para ser negación del júbilo.

En efecto, todo esto y más se halla impreso como un asma de las casas abandonadas a fin de aprehender, algún día de luz permanente, el más allá. Lobreguez sobre los húmedos lamparones del artesonado. Y vuelta viene y vuelta va en el pasamanos de infinito recorrido, si erisayara a disiparse en su quietud..

¿Quién habría rebuscado en las cosas remotas de estas casas ictericas, rencorosas, una nueva soledad como experiencia formada de agonías sin testigos? Quietud de nombres abandonados, flotantes sobre el aire ya sin objetos que revelar. Solos. Palabras sin sentidos, a su medida la muerte

concebida sin gangosos deudos rezadores. Son los nombres vacíos perlando el aire del ambiente. No importa. Alguien le recitará al silencio palabras contra rumor, tactos y antenas al invocar la perplejidad. Entra, si lo quieres en salones a oscuras a fin de escucharte en ellos; descubrirías cómo alguien refiere historias de tu vida pasada pero al revés, narradas merced a un largo chasquido ya acto de afinación de un doloroso instrumento pulsado con manos recién enterradas.

Todo por ti que recorres tantas veces los cuartos expósitos; las salas en donde el tiempo corporeiza la humedad. Prosigues buscándote, indagando por ti, sacudiendo las migajas de un paño cubierto con polvo solar original. Preguntas, bebes el vaso de tus curiosidades a largos sorbos. La fatiga. Ascienes y descienes escaleras. Pero en realidad temes recibir la vaharada a hongos deprimidos proveniente del cuarto en donde tú, un día, te soñaste recorriendo una casa abandonada, erigida a mitad de campos comidos por la langosta, de un país cuyo nombre sollozante te niega a repetir.

En este punto despiertas, Desanudadas la corbata. Te estremeces. Comprendes que empezaste a olvidar cómo se respira; pero el palpito del sueño persiste aún. Tu corazón no funciona. Camina hacia lo oscuro.

Te has puesto en pie. Buscas la



puerta de salida. Deseas la calle. La ganas. En ella detienes al primer transeunte a quien interrogas acerca de dónde podrías hallar la funeraria más cercana. Este, que ni un solo instante ha dejado de observarte sin prevención, apunta el dedo hacia un signo remoto de la calle. Te encaminas allí, lugar de tu destino. De nuevo traspones puertas vacías, cenotafios levantados hacia el silencio en una vieja casa abandonada. Pero aquí todo es diferente, incluso el sol, la luna, los espejos, el polvillo. Todo, menos tú que puedes todavía transmitir éstas y otras experiencias.

## Delito de opinión

POR  
JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

### LA LECCION DE UN HOLOCAUSTO

Como "noticia", desde luego, no se justificarían estas líneas: el acontecimiento que me mueve a escribirlas tuvo lugar hace más de un año, en noviembre de 1978. Con todo, es legítimo suponer que los catorce meses transcurridos desde entonces no lo han borrado de la memoria de quienes en aquel momento se enteraron de lo acontecido con explicable horror y desconcierto. Me refiero al suicidio colectivo de más de 900 miembros de la secta llamada Templo del Pueblo en un rincón selvático de la república sudamericana de Guyana.

El holocausto voluntario de aquella comunidad dio lugar, como todos sabemos, a un verdadero alud de información periodística. Y, como era de esperarse, el grueso de esa información se caracterizó por el sensacionalismo reductible a que es habitualmente afecta, por su propia naturaleza, la prensa comercial de las sociedades capitalistas. No faltaron en

algunos órganos de esa prensa —y justo es reconocerlo— análisis y comentarios inteligentes y bien intencionados sobre el conmovedor suceso. Pero ninguno de esos trabajos, hasta donde llega mi conocimiento, abordó el asunto desde el punto de vista necesariamente más significativo para un lector latinoamericano, y, más específicamente, caribeño. Porque no fue accidental ni carece de muy seria pertinencia el hecho de que aquella tragedia colectiva ocurriera en un país que, por razones geográficas pero también sociales, culturales, económicas y políticas, pertenece al mismo tiempo a la particular región caribeña y al ámbito latinoamericano general. Ahora, por primera vez, disponemos de un excelente estudio sociológico del holocausto de Jonestown realizado por uno de los más eminentes caribeñistas de nuestro tiempo: el doctor Gordon K. Lewis, investigador del Instituto de Estudios del Caribe de la Universidad de Puerto Rico y autor de varios libros imprescindibles para el conocimiento de la historia y los problemas actuales de esa región.

El ensayo del doctor Lewis —“*Gather With the Saints at the River*”, *The Jonestown Guyana Holocaust of 1978: a Descriptive and Interpretative Essay on its Ultimate Meaning from a Caribbean Viewpoint*— no ha sido publicado todavía en español, y la revista o la editorial que lo diera a conocer en nuestro idioma prestaría un estimable servicio a los lectores hispanoamericanos. Porque lo que hace precisamente Lewis —con extraordinaria erudición y lucidez— es situar la tragedia de Jonestown en su ineludible contexto sociohistórico.

“Me interesa”, dice el autor al comienzo de su ensayo, “acercarme al episodio de Jonestown desde el punto de vista, en primer término, de un socialista, y, en segundo término, de un especialista en los estudios del Caribe. El primer interés se deriva del hecho de que, por una diversidad de razones, algunas de ellas aún oscuras, el culto del Templo del Pueblo fue más un movimiento de protesta social que una secta religiosa típica; su contenido religioso-teológico parece haber sido mínimo. El segundo interés nace del hecho de que, por razones cuyo carácter fortuito no importa, el culto, después de sus comienzos en Indiana y California, descubrió su definitivo lugar de reposo en Guyana”.

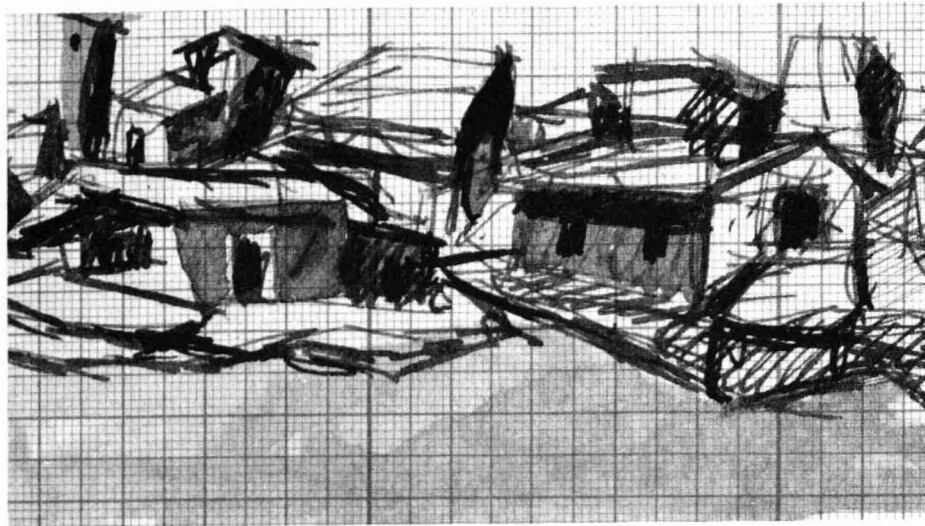


En relación con lo primero, señala Lewis que muchos de los comentarios de la prensa “popular” subrayaron la existencia de elementos socialistas en la filosofía de Jim Jones, el fundador y jefe de la secta, con el objeto de presentar a ésta como una organización “antinorteamericana”. Pero tal razonamiento es históricamente inexacto, dice Lewis recordando la tradición norteamericana de “los movimientos intelectuales del Socialismo Cristiano y el Evangelio Social que impugnaron el credo individualista dominante oponiéndole su énfasis en los elementos más radicales del mensaje cristiano”. En este sentido, la “ideología” del Templo del Pueblo tenía su raíz religiosa en una vertiente muy autóctona del protestantismo norteamericano. No era ésa, sin embargo, la raíz principal de tal “ideología”. El factor determinante del surgimiento de la secta de Jones hay que buscarlo, a juicio de Lewis, en la naturaleza de la sociedad norteamericana contemporánea. Pues los Estados Unidos, “más que cualquier otra moderna nación industrial avanzada, es una sociedad profundamente solitaria”. Es ese sentimiento de soledad personal en el seno de una sociedad cada vez más deshumanizada lo que propicia, cuando se hace intolerable, tanto el impulso suicida individual como el intento de evasión colectiva a través de agrupamientos declaradamente marginales. Y en última y aterradora instancia, como en el caso de Jonestown, el suicidio colectivo.

Porque las causas mediatas e inmediatas de la autoinmolación en masa nunca radicarón, como es bien sabido, en la sociedad guyanesa que había acogido a la secta, sino en la hostilidad que siempre mostró hacia ésta un importante sector del *Establishment* norteamericano. Conviene recordar que el móvil inmediato del holocausto fue la visita a Jonestown de un legislador estadounidense im-

plicado en una investigación que el Congreso de su país se proponía realizar en torno a las actividades de la secta. Guyana —su sociedad y su gobierno progresista— fue, en realidad, una víctima relativamente inocente o ingenua de un conflicto en el que nunca debió tener arte ni parte. El análisis de este aspecto del drama constituye el aporte central del ensayo de Lewis al esclarecimiento de los hechos y de sus ominosas implicaciones para los países del Caribe.

¿Qué razones tuvo el gobierno de Guyana para acoger en su territorio a la secta de Jones y brindarle facilidades que en algunos casos infringían sus propias leyes? Lewis discierne cuatro razones. La primera fue de índole ideológica: “El Templo del Pueblo predicaba una doctrina socialista y un modelo de vida cooperativa basado en la autosuficiencia que correspondía a la ideología marxista del gobierno guyanés y su énfasis en la reconstrucción de Guyana en nombre del ‘hombre pequeño’, así como a una política económica de ‘sustitución de importaciones’ que serviría de contrapeso a la tradicional dependencia de los bienes y alimentos importados que caracterizaba a la antigua economía colonial británica.” La segunda razón tuvo que ver con el problema racial: “Dividida segmentalmente entre sus grupos indostanos y negros criollos, el ideal declarado de la República Cooperativa ha sido la armonía interracial. Jonestown respondía de algún modo a esa necesidad”. La tercera razón fue de naturaleza económica: “Jonestown fue vista como una empresa modelo para el desarrollo económico venturoso de las regiones interiores del país por colonizadores, un objetivo permanente de la planificación guyanesa que ha tropezado tradicionalmente con la renuencia de los trabajadores guyaneses, prácticamente todos los cuales viven y trabajan en la poblada región costera, a convertirse en pio-



neros del interior, lejos de los familiares sectores del azúcar y el arroz." La cuarta y última razón respondía a una preocupación diplomática: "Jonestown estaba situada en el Distrito Noroccidental del país, que constituye una tercera parte del territorio de Guyana y durante años ha sido objeto de una disputa entre los gobiernos guyanés y venezolano (...). En este sentido, la comuna puede verse como una maniobra planeada por el gobierno de Georgetown para dejar sentados sus derechos sobre la región mediante una colonización planificada".

El trágico fracaso del experimento basado en tales consideraciones entraña, según el bien informado criterio de Lewis, una lección que no deben desatender los pueblos y los gobiernos progresistas del Caribe. Una región que ha sido tradicionalmente manipulada por los grupos de poder y los sectores sociales antagónicos de las metrópolis imperialistas, debe entender de una vez por todas que ninguna importación de los conflictos propios de aquellas sociedades —aun cuando sea en forma de apoyo a los disidentes evasionistas de un capitalismo en crisis— puede contribuir a su verdadera independencia. Como bien dice Lewis: "No hace falta ser un revolucionario caribeño para preguntarse por qué habría el Caribe de convertirse en la víctima inerme del imperialismo religioso norteamericano. ¿Por qué habrían de convertirse los pueblos del Caribe en receptores vicarios, por decirlo así, de los problemas norteamericanos? (...) ¿No debe la evangelización, como la caridad, empezar por casa? (...) ¿Y quién, en todo caso, necesita salvarse con mayor urgencia: el pueblo norteamericano o los pueblos caribeños?"

## La vuelta al mundo

POR  
LYA CARDOZA

### ¡SI! LA VUELTA AL MUNDO

¿Viajar es vivir? Esta frase célebre no pertenece a la era de los aviones: 14 horas en un avión no es vivir ni viajar. Las horas transcurren en una agonía aburridísima, interrumpida por: sandwiches, refrescos, alcoholes, cigarrillos, pañuelitos... Y el aviso de que se pasa por encima de no sé dónde (y que no se ve) y que dentro de 10 horas llegaremos a París. Qué lindo. La película que dan en el avión para alegrarnos la vida, es del Far West, pero no funciona el sonido que se instala uno en los oídos; de modo que un cow boy abraza a otro al entrar al saloon y le dice: "Allors, mon vieux", porque sólo funciona la traducción al francés. Incidentes de viaje.

París. Noviembre de 1979. Agua-nieve y trío de perros. Huelgas. Diamantes de Bocassa. Se suicida un ministro porque se le descubrieron probables malos manejos de fondos ¡en la compra de un terreno! Todos los franceses estaban indignados. Exposición de "Los picassos de Picasso"

(peleadísima por la familia y anexas) ya que se trata de la donación al gobierno francés para cubrir los impuestos de la sucesión Picasso: el genio no dejó testamento. Lo que me recuerda a Pedro Infante, cuando le preguntaron a quienes dejaría su fortuna: "Que se hagan bolas".

En el Beaubourg, Centro Pompidou, la exposición París-Moscú (de la cual hablamos en un número anterior). Este centro tiene un promedio de 18,000 visitantes diarios, lo cual no impidió —oh, valientes— que fuéramos a verla. Primero, es obra de titanes abrirse camino hacia el museo. En los alrededores, miles de gentes observando a un japonés haciéndose el harakiri, a un tragafuegos (como los nacionales) entregado a Prometeo. Un grupo de rock haciendo un ruido infernal, otro grupo de canción protesta en alemán. Gente y más gente. Luego la entrada al museo: largas colas, escaleras eléctricas por todos lados, tubos en las paredes y en los techos, avisos de por dónde ir para dónde y, cuando está uno al borde del infarto, una flecha indica un café en donde puede uno ¿reponerse? entre cientos de niños que chillan y se arrastran porque están aburridos y cansados.

Por fin, la exposición. Cuadros de las colecciones de museos rusos de pintura francesa. Kandinsky, Malevich, Tatlin, Lissitski, todas las corrientes artísticas de los años 1900-1930. La maqueta del monumento a la Tercera Internacional (que iba a ser más alto que la Torre Eiffel), los muebles funcionales diseñados en esa época, tubos con vidrio, que ahora se pueden comprar en Lerdo Chiquito. Periódicos, libros y revistas, con fotos de los autores. Nunca había visto una foto de Leonidas Andreiev. Allí está, bellissimo, junto a sus libros editados en ruso: *Sashka Yegulev*, *La risa roja*, y tantas otras obras que perturbaron nuestra juventud.

Qué lástima que el Centro Pompidou no tenga la intimidad de un museo.

En París, la paz y la tranquilidad se encuentran en la casa de las Flores de la Peña. Allí vive una mujer suave y tierna, que se llama Alena. Le debemos muchas —invisibles— atenciones. Luego, en casa de Victor Flores Olea, con Alejo Carpentier y Lilia, y Jorge Enrique Adoum y Nicole. Alejo está convalesciente, sigue trabajando mucho. La conversación se alargó hasta las tres de la mañana, ya que se le interrogó sobre una serie de cosas —que nada tenía que ver con sus libros— porque Carpentier es un hombre de muy buen gusto y jamás habla de sus triunfos. Supe que es descendiente de Konstantin Bal-